AZARA, José Nicolás de, *Correspondencia confidencial con Manuel de Roda (Roma, 1768-1780)*, Introducción, edición y notas de Gabriel Sánchez Espinosa, 2 vols., Zaragoza: IFC, 2024, 1464 pp. (vol. I, 776 pp.; vol. II, 688 pp.).

La edición de epistolarios, una herramienta fundamental para recuperar a nuestros escritores y, con ellos, el pasado histórico, cultural y literario, acoge ahora la de 528 cartas enviadas por José Nicolás de Azara (1730-1804) a Manuel de Roda (1708-1782) a lo largo de doce años. A su responsable, Gabriel Sánchez Espinosa, le debemos el rescate de la segunda y tercera memoria de ese diplomático aragonés, editadas conjuntamente (Peter Lang, 1993; IFC, 2000), el catálogo anotado de su biblioteca (Calcografía Nacional/RABASF, 1997) y diversos estudios sobre algunas de las publicaciones que realizó en vida, un valioso conjunto incardinado en un resurgir del «azarismo» a finales del siglo pasado, que establecía una línea de continuidad con los singulares precedentes de Carlos Corona y Rafael Olaechea, entre otros. El editor asume esta vez el reto que propusiera hace ya 40 años Pere Gimferrer, en 1984, de retomar con criterios filológicos modernos una edición de estas cartas sin anotar, publicada en 1846, y con ello recuperar al «raro» Azara, una empresa que reputaba de gran envergadura. Lo ha sido sin duda por las dimensiones y la densidad del corpus, con un feliz resultado, desde la exhaustiva introducción a la transcripción y profusa anotación del corpus, así como por la cuidada presentación de los dos volúmenes –con la única objeción de los diminutos números de página–, estupendamente acompañados con una pertinente selección de imágenes relacionadas con las empresas culturales del remitente.

La introducción se centra en dos aspectos clave: su papel como diplomático reformista ilustrado y su faceta de hombre de letras, en sendos apartados, a los que sigue un tercero sobre la primera edición de esta correspondencia. El primero, «José Nicolás de Azara en la Roma de los papas: un diplomático al servicio del reformismo ilustrado» (pp. 13-54), constituye un recorrido biográfico del personaje en dos etapas, comenzando con sus primeros años en España. Aquí se pone el énfasis en su formación como oficial en la Secretaría de Estado madrileña, con el repaso a sus actividades políticas y sus relaciones con otros ilustrados, sobre la base de documentos o de conjeturas congruentes. Seguidamente, la época de Azara como agente de Preces desde enero de 1768 hasta noviembre de 1784, al ser nombrado ministro plenipotenciario, reteniendo ambos cargos– se analiza con más detención, en buena lógica, pues constituye el marco de este carteo con Manuel de Roda, su predecesor en el cargo y ministro de Gracia y Justicia a la sazón, de quien se convierte en informante para contribuir a las políticas regalistas borbónicas frente al poder eclesiástico vaticano, con el que ambos corresponsales estaban comprometidos. El editor comenta los principales núcleos temáticos y destaca la mirada nada neutral y muy satírica con que Azara los abordó, desde sus noticias sobre el cónclave que eligió a Clemente XIV, su antijesuitismo y lo relacionado con las negociaciones

para suprimir la Compañía de Jesús, como también sus relaciones con los sucesivos superiores al frente de la legación española: Tomás de Azpuru, José Moñino y el marqués de Grimaldi, mientras trataba de labrarse una buena carrera. Para ello se revisan sus acciones significadas al frente de la Agencia, entre las cuales la memoria que redactó en 1777 para reactivar la beatificación del obispo Palafox y su concienzudo plan de reforma económica de la misma. Al hilo de este recorrido, que no descuida los viajes del diplomático por la península italiana, se caracteriza esta correspondencia como «confidencial» –tal como indica el título– y «de trabajo» (p. 28), explicando pormenores de su periodicidad, tono y estructuración habitual.

En el segundo apartado, «Un hombre de letras español en la Europa de las Luces» (pp. 54-101), se examina con profundidad la faceta intelectual de Azara, considerado un mediador cultural entre los ilustrados españoles y las corrientes culturales y sociopolíticas europeas. El minucioso análisis dibuja un perfil de «moderno hombre de letras, en sentido ilustrado» (p. 55), que se trasluce en el retrato que de él pintó Mengs en Florencia y en sus lecturas y que se concretó en una intensa labor editorial en España y en Italia. La española contó con su edición de Garcilaso o varias traducciones, ayudado por sus amigos Bernardo de Iriarte y Eugenio de Llaguno, y es muestra para Sánchez Espinosa de su «patriotismo cultural ilustrado» (p. 59). En el lado italiano, en distintas líneas, comprendió sus incentivos a publicaciones de los jesuitas expulsos que pudiesen servir a la imagen exterior de España, y la tutela a pintores y arquitectos españoles pensionados en Roma, pero también se evidenció en una red de relaciones con artistas afincados allí –Winckelmann, Milizia y Canova– o en correspondencia con eruditos como Paciaudi, el conde de Rezzonico o Giambattista Bodoni, y en las ediciones que acometió al frente de un equipo formado por los abates Fea, Visconti, Arteaga y Márquez.

Esas ediciones impulsadas por don José Nicolás se analizan título a título, señalando sus profundos alcances ideológicos, sin olvidar la mención de proyectos no ejecutados como las obras de Villegas o la *Odisea*. De las *Obras de Garcilaso* se subraya su apuesta por la regeneración lingüística y el casticismo. De las *Obras de D. Antonio Rafael Mengs* se recuentan las traducciones a varios idiomas, indicadoras de su gran repercusión, y se revisa detenidamente la polémica que generó el *Comentario al tratado de la belleza de Mengs* (p. 74), añadido del propio Azara, expresión de su discordancia con el platonismo de Mengs y Winckelmann y de su voluntad de conectar al pintor «con las grandes líneas de la reflexión estética contemporánea» (p. 77). Fuera del terreno estético, la *Introducción a la historia natural y a la geografía física de España* de Bowles, que Azara tradujo, sirve para valorar su novedad como obra centrada en el paisaje no urbanizado español y con un interés tanto científico como económico. Otra traducción suya, la de la *Historia de la vida de Marco Tulio Cicerón*, de Middleton, es caracterizada como un ejemplo de «neoclasicismo editorial» (p. 81) y, a la vez, propuesta ideológica de un

modelo estoico y político. Ello da pie al editor a reflexionar sobre la concepción de Azara de la traducción como un ejercicio de adaptación o apropiación, criticado por los puristas. De su etapa posterior tras ser nombrado ministro plenipotenciario de España en Roma, a finales de 1784, se comenta la *Relación de las exequias… a la memoria del Rey Carlos III*, impreso de lujo con motivo de los funerales romanos que él dirigió en 1789, que permite conocer su apuesta estética, de nuevo, por «un neoclasicismo radical» (p. 84), con el aparato efímero que mandó erigir en la iglesia de Santiago, además de su visión del monarca fallecido como hombre de bien.

El perfil del Azara hombre de letras se redondea con otros aspectos que desarrolló en momentos vitales posteriores, como su relación epistolar con el mencionado Bodoni, tipógrafo director de la Stamperia Reale de Parma, con quien realizó en los 80 y 90 importantes ediciones de clásicos latinos, orientando la estética bodoniana (p. 87). La composición de su biblioteca romana –tan conocida por Sánchez Espinosa, quien llega aquí a describir su espacio físico– abunda en la conformación de su pensamiento y su lugar dentro del *establishment* político y cultural del siglo XVIII (p. 91). Finalmente, su pasión anticuaria y su participación en varias excavaciones del momento, que le llevó a reunir unas cuantas colecciones artísticas –y que se expresó incluso en sus tarjetas de visita–, sirven para mostrar la amplitud de su curiosidad intelectual, bien justificada con detalladas referencias de archivo y bibliográficas, además de las ilustraciones.

El tercer y último apartado de la introducción, «La publicación de *El espíritu de don José Nicolás de Azara*» (pp. 101-128), estudia detenidamente las circunstancias en torno a la citada edición de esta correspondencia en 1846. Resulta muy oportuno y novedoso vincularla con la tradición protestante española, representada por Luis Usoz, poseedor de un ejemplar, cuyas notas sobre los anónimos editores permiten al nuevo editor identificar a Juan Antonio de Aguirre, colaborador de aquel en la Biblioteca de Reformados Antiguos Españoles, y conjeturar la identidad del segundo, Tomás Fernández Vallejo, del Partido Progresista. A partir de ahí, se aborda el contexto del conflicto entre la Iglesia y el Estado liberal, enmarcando la publicación del epistolario en los esfuerzos de los liberales españoles de comienzos de Isabel II de recuperar la tradición regalista de Carlos III: unos presupuestos ideológicos que, según se resalta, denotaban tanto el título elegido, *El espíritu de D. José Nicolás de Azara*, como los índices finales, en realidad, extractos de cada carta con «finalidad antirromana» (p. 112). Se revisa, asimismo, la contraofensiva que emprendió su sobrino nieto Agustín de Azara mediante una serie de encargos editoriales al historiador Castellanos de Losada con el objeto de prestigiar a la familia desde posiciones conservadoras y que comenzaron con la aparición manipulada de las memorias de don José Nicolás en 1847.

Con esta concienzuda introducción se presenta la edición, fiel a los originales conservados en el Archivo Histórico Nacional, cuya ortografía se moderniza, aunque no la de los adjuntos que Azara

incluía en algunas cartas, algunos tan extensos como una sátira «cruel» y «muy reservada» al cardenal Zelada (carta 296, n.º 171, pp. 993-999). El trabajo de anotación, prolijo y riguroso, se despliega en varios niveles: el lingüístico comenta vocablos particulares o identifica frases hechas; el hermenéutico traduce las muchas expresiones en italiano, además de anotar precisiones del manuscrito o diferencias con la edición de *El espíritu*; y el erudito procede a la identificación de una enorme cantidad de personajes, de libros citados y de las muchas citas latinas –que no se traducen– o de otra procedencia y a explicar variados aspectos contextuales. Una evidencia del esfuerzo anotador realizado es el uso documental de fuentes contemporáneas como el *Diario Ordinario* romano o la *Gaceta de Madrid*, que en algunos pasajes se amplía a otras cartas de archivo –por ejemplo, la correspondencia con Vítores de Elías y Zaldívar, el agente de Preces en Madrid (carta 2, n. 16)–. El índice onomástico, imprescindible para orientar al lector en la compleja red de nombres y referencias históricas, refleja un rico universo epistolar y real, el de la Roma vaticana de tres papados: los meses finales de Clemente XIII, el de Clemente XIV y los primeros años de Pío VI. El permiso oficial que disfrutó Azara entre junio de 1774 y agosto de 1776 nos priva de dos años de cartas y de su visión del cónclave que eligió al último pontífice.

Entre uno y otro, Azara nos brinda sabrosas pinceladas de la vida romana mediante alusiones a sus teatros o al famoso carnaval, detalles políticos y mundanos de la alta sociedad –así la boda del senador Abbondio Rezzonico, sobrino de Clemente XIII–, las visitas extraordinarias de monarcas como José II de Austria o el gran duque de Toscana al cónclave de 1769 y los regalos y fastos recibidos y también el cónclave mismo, una «cueva de Caco» (c. 60). Nos cuenta episodios particulares de la política vaticana, buen retratista de las debilidades personales y de las facciones de los prelados, con los jesuitas en el punto de mira, crítico con las corrupciones y con lo que pudiese perjudicar a su país. Se detiene en anécdotas risibles, por ejemplo, la «famosa *cavalcata*» de Clemente XIV, el día de su toma de posesión, «en su caballo blanco tan guapo como un Roldán» que dio con él en el suelo (c. 99). Informa de sus lecturas y de publicaciones de distinto signo dentro de las luchas entre facciones eclesiásticas. Atiende al juego diplomático de las otras naciones ante la Santa Sede. Refiere las llegadas de compatriotas a los que acompaña, entre ellos los jóvenes aristócratas que acudían a Roma a formarse. Y, en fin, ofrece una visión de España en la distancia, deseando su progreso ilustrado. Correspondencia «de trabajo», como bien advierte su editor, deja poco espacio a las pasiones intelectuales de quien la escribió, cuyas actividades arqueológicas emergen concisa y puntualmente en cartas como la 447 y cuya amistad con Mengs se limita a varias menciones: un encargo artístico del papa (c. 220) o la tristeza que le ocasionó su muerte (c. 452) –en Roma en junio de 1779– con alguna indicación del proyecto que emprendió de editar sus obras. Ese carácter utilitario no obsta para que resplandezca el estilo epistolar de Azara,

lúcido e irreverente, cuya confianza con su interlocutor hace fluir una prosa fresca y aguda.

Así este voluminoso y tan bien editado corpus, con la bibliografía azarista puesta al día, constituye un punto de llegada, a la vez que abre una prometedora perspectiva a los ya asentados estudios en torno al polifacético y singular personaje, que puede interesar tanto a quienes los hemos practicado como a toda la comunidad dieciochista. Entre los desarrollos que se adivinan estaría la atención específica a la rica materialidad de su prosa, ejemplo de una correspondencia «confidencial» llena de apelativos humorísticos, trufada de referencias eruditas y literarias del canon hispánico o de los clásicos antiguos, con una impecable sintaxis y un léxico coloquial salpicado de italianismos y aragonesismos. Tendrían recorrido las alusiones de tipo científico, desde los principios de Newton comparados con la infalibilidad del papa (c. 122) a su impronta en el vocabulario: «este autómata de Almada», apelativo para el embajador portugués a partir de un ajedrecista autómata que suscitó gran curiosidad en Europa (c. 132, n. 174). Junto a ello, pueden repasarse los mecanismos epistolares de la amistad, circunscrita al compromiso político, con sus ritmos semanales, aunque para ello haya que imaginar la voz ausente de Roda sin sus respuestas y las razones de la interrupción del carteo, dos años antes de la muerte de este. Asimismo, el gran número y variedad de personajes que se congregaban en aquella Roma permite dibujar el *Grand monde* de la época, escrutado sin conmiseración por el agente Azara. O también, de forma comparada, podrían contrastarse estas cartas con las que intercambiaron al mismo tiempo el embajador José Moñino y el ministro de Estado Grimaldi sobre la supresión de la Compañía de Jesús, porque muestran a un Azara poco informado, como bien se indica (p. 42).

En definitiva, Gabriel Sánchez Espinosa nos vuelve a acercar a la poderosa figura de José Nicolás de Azara gracias a esta monumental edición de más de medio millar de cartas, con su imprescindible anotación, precedida de una pormenorizada y útil introducción, que perfila con profundidad al diplomático español e intelectual europeo. Un encomiable *tour de force* del que su autor reemerge con voz propia, para convertirse en una referencia imprescindible del contexto romano en que vivió y escribió, y el hispano de procedencia y recepción, y una valiosa fuente para el estudio del reformismo ilustrado y de la cultura epistolar en el siglo XVIII.

María Dolores GIMENO PUYOL